



MIRA POR DÓNDE

Fernando Carlos LÓPEZ ROMASANTA
 Doctor en Química



RECISAMENTE —mira por dónde, o quién lo iba a decir— hacía 50 años que no atravesaba la puerta de la Escuela Naval Militar. Los recuerdos del pasado se agolpaban al contemplar que, aunque todo ha cambiado, también todo permanece igual y en su sitio, tradición y progreso. Era el día de la Virgen del Carmen; fuera del puerto, una *F-100*; en su interior, atracado en el muelle, el *Juan Sebastián de Elcano*, ambos dando prestancia militar a la procesión marítima de la Virgen del Carmen.

Al día siguiente, babor y estribor de guardia, el *Elcano* se hacía a la mar llevando a bordo a sus invitados para la travesía Marín-Cádiz. Cincuenta años antes, posiblemente

a la misma hora, lo hacía la flotilla formada por los minadores *Marte* y *Neptuno*, llevando a bordo a los cabos primeros de la Milicia Naval Universitaria para su crucero de instrucción que duró treinta y cinco días y en el que se visitaron los dos archipiélagos, Ceuta y puertos del Atlántico.

Los invitados formábamos un grupo heterogéneo en edad, procedencia y profesión, lleno de ilusión y esperanza en el caso de los más jóvenes, pero unánime en la emoción por el embarque. Los primeros movimientos del buque en su salida a la mar y la acción de largar el aparejo de cuchillo levantaron la curiosidad e incluso la tensión, al ver por primera vez algo tan inaudito como trepar por la jarcia firme a los gavieros.

En la carta en que se nos comunicaba que la petición para embarcar había sido aceptada, se nos decía textualmente: «El lugar de formación de los futuros oficiales de la Armada está exento de algunas comodidades que pueden encontrarse en buques de otro tipo». Advertencia muy útil, pero que ninguno de los invitados tuvo en cuenta. Las supuestas comodidades perdidas no fueron añoradas, sobre todo al recordar el curioso discurso de las armas y las letras de Don Quijote, donde se da una exacta información sobre las miserias y necesidades que pasaban los soldados, parte del cual, la que se refiere a las galeras, también podría estar en letras de bronce en la bajada al comedor de guardias marinas.

El extenso programa diseñado para la estancia a bordo de los invitados se fue cumpliendo, como era de esperar, de un modo ordenado: seguridad, bienvenida del comandante, visita al buque, maniobra y ejercicios, conferencia sobre la Armada, sobre el *Elcano*, navegación costera, astronómica, observación de la meridiana, y así una larga relación de actividades, pero sin dejar de mencionar la información diaria sobre la situación meteorológica y la derrota seguida y por seguir.

Durante el tránsito de Marín a Cádiz tuvimos de todo un poco: salimos con bruma y viento fresquito, navegando a vela y motor; después, y en diferentes singladuras, tuvimos ligera niebla, chubascos, marejada y viento, pues se maniobró en busca de esa energía eólica que nos permitiera navegar con todo el aparejo dado, exceptuando el estay de los focos y el foque volante, para finalmente entrar en la bahía de Cádiz a palo seco.

Los invitados ni podemos ni debemos olvidar el trato amable y deferente recibido de toda la dotación, desde el más moderno de los marineros al comandante. Virtudes aún más manifiestas y perceptibles en las invitaciones para acompañar en la comida o cena al comandante, oficiales o suboficiales. Todos contribuyeron de un modo excepcional a completar y agrandar las expectativas que cada invitado podría haberse hecho sobre este viaje. A la agradable situación a bordo habría que añadir el beneficio de haber estado libres de periódicos, radios, televisiones y fuera de cobertura de ese martirio actual que son las oficinas ambulantes llamadas teléfonos móviles, con lo que el tránsito fue de lo más feliz, a lo que contribuyeron

también el excelente servicio de cocina, los conciertos de la tarde y el cine de verano.

Navegar en un gran velero es de las sensaciones más completas, silenciosas y satisfactorias que una persona puede disfrutar, pues todo cuanto acontece es nuevo y digno de admiración, por mucho que se haya hecho en otros veleros o a motor, más aún cuando se suma el amor al mar y a la Armada.

El domingo, en la misa, se cantó la Oración y la Salve, nada más impresionante y espiritual que aquellas cosas que se hacen en el sitio adecuado: bajo el cielo y sobre el mar. Ese mismo día, antes del concierto, el comandante, que ya nos había dado la bienvenida al embarcar, se despedía de todos nosotros con sus mejores palabras y deseos, siendo contestado por el comisionado por los invitados, un teniente general del Ejército del Aire, de forma sentida, agradecida y deseando larga vida al *Elcano*.

La última noche fue un tanto movidita, unos tenían pocas ganas de acostarse y otros prisa por levantarse, hasta que la diana floreada puso a todos los invitados en la misma situación. Hacía tiempo que habíamos superado la desembocadura del Guadiana y nos estábamos aproximando a la del Guadalquivir.

Hace 50 años, navegando de día en demanda de Cádiz, se veía emerger tras el horizonte el blanco caserío de Rota; de noche, lo primero que destacó fueron los destellos del faro de Chipiona, cuya altura fue subiendo y comenzaron a verse las luces del pueblo; poco después las de Cádiz y su faro, mientras por babor se divisaban las de Rota y el faro de su Base Naval.

El rumbo al punto de recalada de la canal de acceso a Cádiz, de día o de noche, proporciona una imagen única, de una belleza sin igual. Conforme avanzábamos se hacía más clara la estructura del nuevo puente, por entonces en construcción; la del alba sería, como escribe Cervantes, cuando apareció la sierra de Grazalema a contraluz sobre el fondo rosa violáceo del amanecer, inolvidable. Práctico a bordo, saludo al cañón a la Galeona, babor y estribor de guardia y, a la hora prevista, atracados al muelle de Cádiz.

Recepción a las autoridades civiles y militares, música, saludo a la voz y al cañón. Los tres vivas a España, del saludo a la voz, fueron contestados con una vibrante descarga cerrada de voces plenas de pasión y emoción de todos los invitados; así concluía el LXXXV crucero de instrucción. La Armada nos había ofrecido, a lo largo de cuatro días, la única y gratificante oportunidad de volver al mar en su buque más emblemático.

